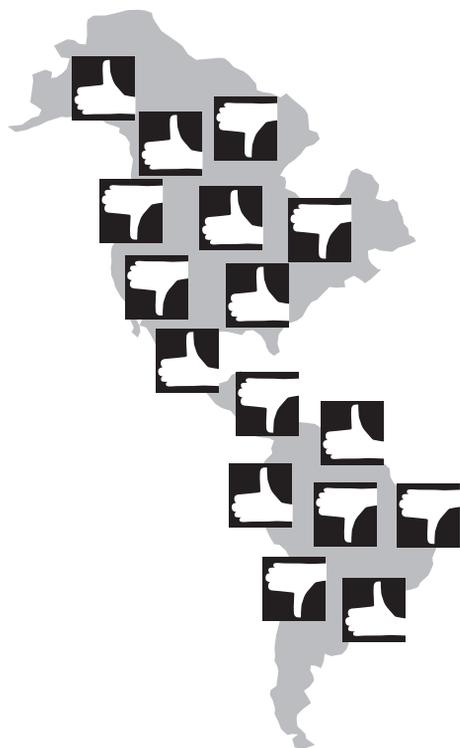


ECUADOR Debate₁₁₂

Quito/Ecuador/Abril 2021

Polarizaciones populistas en las Américas



Fragmentación, polarización y construcción de política en las elecciones del 2021

Elecciones Ecuador 2021 ¿Un retorno a la fragmentación e ingobernabilidad?

Sobre “nuevas” y “viejas” pandemias en América Latina

Conflictividad socio-política:
Noviembre/2020-Febrero/2021

Polarización, fragmentación y competencia en las democracias liberales

Trump y la polarización populista

“Brasil por encima de todo y Dios encima de todos”. El populismo de Jair Bolsonaro

Polarización como base del populismo: el caso de México

La Venezuela de Nicolás Maduro: polarización sin populismo

Consolidando el poder en El Salvador: El caso de Nayib Bukele

Agricultura campesina de la Costa ecuatoriana: realidades y perspectivas

El *ethos* barroco y la historia del Nuevo Mundo

Riesgos e implicaciones estructurales del fenómeno de la corrupción en América Latina

ECUADOR **Debate**

CONSEJO EDITORIAL

Alberto Acosta, José Laso Ribadeneira, Simón Espinoza,
Fredy Rivera Vélez, Marco Romero, Hernán Ibarra, Rafael Guerrero

Director: Francisco Rhon Dávila. Director Ejecutivo del CAAP
Primer Director: José Sánchez Parga. 1982-1991
Editora: Lama Al Ibrahim
Asistente General: Margarita Guachamín

REVISTA ESPECIALIZADA EN CIENCIAS SOCIALES

Publicación periódica que aparece tres veces al año. Los artículos y estudios impresos son canalizados a través de la Dirección y de los miembros del Consejo Editorial. Las opiniones, comentarios y análisis expresados en nuestras páginas son de exclusiva responsabilidad de quien los suscribe y no, necesariamente, de ECUADOR DEBATE.

© **ECUADOR DEBATE. CENTRO ANDINO DE ACCION POPULAR**

Se autoriza la reproducción total y parcial de nuestra información, siempre y cuando se cite expresamente como fuente a ECUADOR DEBATE.

SUSCRIPCIONES

Valor anual, tres números:

EXTERIOR: US\$. 51

ECUADOR: US\$. 21

EJEMPLAR SUELTO EXTERIOR: US\$, 17

EJEMPLAR SUELTO ECUADOR: US\$. 7

ECUADOR DEBATE

Apartado Aéreo 17-15-173B, Quito-Ecuador

Tel: 2522763 . Fax: (5932) 2568452

E-mail: caaporg.ec@uio.satnet.net

Redacción: Diego Martín de Utreras N28-43 y Selva Alegre, Quito

PORTADA

Gisela Calderón/Magenta

ARMADO E IMPRESIÓN

Edwin Navarrete, Taller de Diseño Gráfico

ISSN: 2528-7761

ISBN: número 112: 978-9942-963-57-4



ECUADOR DEBATE 112

Quito-Ecuador • Abril 2021

ISSN 2528-7761 / ISBN 978-9942-963-57-4

PRESENTACIÓN 3 / 10

COYUNTURA

- Fragmentación, polarización y construcción de política en las elecciones del 2021
Julio Echeverría 11 / 23
- Elecciones Ecuador 2021 ¿Un retorno a la fragmentación e ingobernabilidad?
Juan Francisco Camino A. 25 / 45
- Sobre “nuevas” y “viejas” pandemias en América Latina
Santiago Leiras 47 / 58
- Conflictividad socio-política: Noviembre/2020-Febrero/2021 59 / 65

TEMA CENTRAL

- Polarización, fragmentación y competencia en las democracias liberales
Carlos de la Torre 67 / 72
- Trump y la polarización populista
Carlos de la Torre 73 / 88
- “Brasil por encima de todo y Dios encima de todos”.
El populismo de Jair Bolsonaro
Ursula Prutsch 89 / 111
- Polarización como base del populismo: el caso de México
Alberto J. Olvera 113 / 138
- La Venezuela de Nicolás Maduro: polarización sin populismo
Margarita López Maya 139 / 156
- Consolidando el poder en El Salvador: El caso de Nayib Bukele
Vaclav Masek y Luis Aguasvivas 157 / 173

DEBATE AGRARIO RURAL

- Agricultura campesina de la Costa ecuatoriana: realidades y perspectivas
Rafael Guerrero Burgos 175 / 194

ANÁLISIS

- El *ethos* barroco y la historia del Nuevo Mundo 195 / 210
Omar Bonilla y Elena Galvez
- Riesgos e implicaciones estructurales del fenómeno
de la corrupción en América Latina 211 / 220
Tatiana Suárez B.

RESEÑAS

- ¡Así encendimos la mecha! Treinta años del levantamiento
indígena en Ecuador: una historia permanente 221 / 222
- Hegemonías y subalteridades urbanas.
La configuración metropolitana de Quito 223 / 229

Hegemonías y subalteridades urbanas

La configuración metropolitana de Quito

Víctor Hugo Torres D.

UASB/ Abya-Yala, Quito, 2020, 454 pp.

Mario Unda

A fines de 2020, se ha publicado bajo los sellos de la Universidad Andina Simón Bolívar y Abya-Yala, la obra de Víctor Hugo Torres Dávila: *Hegemonías y subalteridades urbanas. La configuración metropolitana de Quito*, una de las obras más sugerentes que se han publicado sobre temáticas urbanas en estos últimos años. En la introducción el autor nos ofrece “una interpretación cultural de la configuración metropolitana de Quito, examinando sus simbolismos constitutivos”. La obra se basa en una investigación concienzuda con la que culminó su doctorado en Estudios Culturales Latinoamericanos en la Universidad Andina Simón Bolívar.

Los procesos de metropolitanización -como todos los procesos urbanos-, son el resultado del entrelazamiento de una diversidad de procesos de distinto orden: territoriales, económicos, políticos, sociales; y son esos entrelazamientos, los que se van dibujando en el trabajo de Torres a lo largo de sus más de 450 páginas. Se trata de una reconstrucción minuciosa.

El libro está dividido en dos partes, cada una de ellas con dos capítulos. La primera parte, se aboca a explicar la *modernidad metropolitana* -certada caracterización-, a través del seguimiento y el análisis, tanto de la implantación metropolitana

como de la semántica de la expansión de la misma en Quito. La segunda parte, aborda “la contestación social”, mirándola a través de tres actores: el movimiento barrial, los indígenas urbanos y las movilizaciones de las clases medias.

Un extenso menú de temas, del que tomaremos tres para este comentario: el proceso de metropolitanización, la hegemonía y la acción de los subalternos.

Metropolitanización

Es usual arrancar la historia metropolitana de Quito con la Ley de Régimen de Distrito Metropolitano de Quito, aprobada finalmente por el Congreso a fines de 1993; había comenzado a tratarse durante la alcaldía de Rodrigo Paz y se puso en marcha con su sucesor, Jamil Mahuad. Pero la ley, que es el inicio de una nueva situación jurídica e institucional, es al mismo tiempo el resultado de una serie de transformaciones que viviera la ciudad, el cantón y la región en el período precedente.

Puede ser que la modernización sea el *leitmotiv* del proceso metropolitano de Quito; entonces habrá que reconocer que no se ha tratado de algo lineal y simultáneo: ha comprendido superposiciones y ciertos desfases temporales. Quizás la costumbre nos hace ver primero las mutacio-

nes que operan en el territorio; o por lo menos nos parecen inequívocas: el crecimiento de la ciudad en extensión y en altura, las mutaciones en la centralidad urbana, el uso del suelo. La modernización territorial se expresó (y sigue haciéndolo), como una dilatación de la ciudad sobre espacios que hasta entonces eran rurales, como una mancha de aceite que se extiende sin límite: una expansión urbana que, empujada por los terratenientes y la banca, se desplegó ya entre las décadas de 1920 y 1940. De hecho, había comenzado en dirección al sur, con la llegada del ferrocarril unos años antes, y rodeando el Panecillo hacia La Magdalena. Pero la difusión urbana se dirigió sobre todo al norte.

Modernización territorial y modernización capitalista

Ese primer estiramiento de Quito, contenía ya el germen de una alteración de la forma de organización territorial, porque, con el tiempo, el tradicional centro histórico fue ampliado y en parte reemplazado por una réplica moderna en el norte, primero en los linderos entre La Alameda y El Ejido con el palacio Legislativo y la Corte Suprema de Justicia, hacia donde se reubicaban las clases pudientes y sus nuevos gustos arquitectónicos. Y más al norte, pero recostadas hacia occidente y oriente, las universidades. Todavía más al norte, en medio del descampado de La Carolina, se situó el Estadio Municipal (hoy Atahualpa) y a sus inmediaciones se trasladó el hipódromo. Quedaron fijadas ya las coordenadas de la futura expansión de la ciudad y del desplazamiento de la centralidad financiera. Se consolidaban así, al mismo tiempo, la expansión de la ciudad y su uso socialmente diferenciado: ese Quito territorialmente dividido en clases sociales, que iría tomando forma paulatinamente.

Este momento del proceso urbano estaba relacionado con una lenta modernización que sólo pudo desplegarse hacia fines de la década de 1940 y en el siguiente decenio con el influjo del “boom bananero”: por un lado, parte del excedente pudo ser apropiado por Quito bajo la forma de modernización del aparato estatal, gracias a ser la sede de la capital; por otro lado, la ciudad, por iniciativa de los terratenientes y de la municipalidad, comenzaba a romper las barreras de un entorno hacendatario que volvía lenta la mercantilización del suelo.

El crecimiento se aceleró entre las décadas de 1960 y 1980. Son años de nuevos espasmos modernizadores. El de los años 60 estuvo marcado y empujado por las políticas derivadas de la Alianza para el Progreso -la política norteamericana para responder a las expectativas generadas por la revolución cubana-, igual que en todo el continente. La Alianza para el Progreso tenía tres ejes de reforma: reforma agraria, para modernizar las relaciones sociales de producción heredadas desde la colonia y una república que no había hecho nada por modificarlas; fomento industrial, a tono con una época que veía allí las posibilidades de desarrollo; modernización estatal, centrada en una reforma tributaria, en una cierta tecnificación de las actividades burocráticas y en la profesionalización del funcionariado estatal.

Todas ellas tuvieron efectos sobre la ciudad: su economía, su estructura social y política y su territorio. Pero sería con el tiempo, pues la cercanía del gobierno militar con las élites dominantes operó como freno: se sentían seguros de que los gobernantes no presionarían demasiado. De todas formas, sirvió para consolidar las tendencias ya señaladas del proceso urbano.

Al mismo tiempo que Quito se alargaba, surgió un núcleo de centralidad en el sur, en la Villa Flora, pero en ese entonces el centro del sur fue un centro subsidiario, sin mucho desarrollo; sin embargo, estimuló la ocupación paulatina del suelo por urbanizaciones y cooperativas de vivienda que dieron origen a nuevos barrios entre populares y de sectores medios.

Los cambios se profundizaron sobre todo a partir de los años 70, con el estimamiento de la ciudad sobre todo hacia el norte, siguiendo las vías que llevaban al campo de aviación y a la salida de la ciudad. Poco a poco, la centralidad urbana se va creando en esa dirección, igual que la imagen constructiva moderna. El crecimiento en el sur fue menos explosivo, pero lentamente ocupó las partes llanas, acercándose a Chillogallo y a Guamaní, que todavía eran parroquias apartadas, dejando en el medio amplios espacios vacíos para crecimientos futuros. Fueron también años en los que empezamos a desarrollarse barrios en las periferias a través de lotizaciones de terrenos de antiguas haciendas, e incluso -sobre todo en las periferias-, bajo formas que parecen no ser urbanas, como la entrega de huasipungos o huertos familiares.

La intensificación de las transformaciones urbanas, es en parte generada por el empuje del "boom petrolero". Si las tareas modernizadoras planteadas y no cumplidas desde 1950 pudieron ahora realizarse, se debió sobre todo, a la confluencia de dos factores determinantes: una propuesta desarrollista traída a escena por el gobierno militar y los recursos de la exportación de petróleo. Y una cierta distancia entre ese gobierno y unas clases dominantes que lo creían comunista y temían que se dieran las reformas, especialmente

la agraria. Eso sin duda, aceleró el proceso de urbanización de las tierras próximas a Quito, que asumió una forma aparentemente discontinua, que expresaba más bien, la reserva de tierras para conformar los mercados diferenciados que constituyen la segregación social; una segregación que encontraba contenidos más precisos gracias a las transformaciones en la estructura de clases y en la configuración interna de las propias clases: se transformaron de modo radical igual las clases poseedoras que las clases trabajadoras y las clases medias; todas, a su modo, se modernizaron, modernizando además sus gustos y sus horizontes.

La década de 1980 -y sobre todo la de 1990-, estuvo marcada por una particular modernización conservadora: el neoliberalismo que, por sus características, no modificó la estructura económica, sino el peso de las distintas ramas económicas, debilitando la industria, reforzando el eje primario exportador y las actividades de intermediación financiera y comercial. Modificó también el rol del Estado, su capacidad de inversión social, de contratación de mano de obra, su relación con el resto de la institucionalidad estatal y con la sociedad. Casi inmediatamente, esto se tradujo en una modificación drástica y brusca de la estructura social; las disparidades sociales se profundizaron, y así como amplios sectores fueron lanzados al empobrecimiento, otros prosperaron. La diferenciación social y los nuevos ingresos estimularon también el ansia de distanciamiento físico y el gusto por urbanizaciones cerradas en zonas ya urbanas, pero todavía rurales. El mercado de tierras se abrió hacia los valles cercanos y se produjo una rápida urbanización de las parroquias aledañas, especialmente de aquellas

ubicadas desde el eje central hacia los valles orientales, un desborde de las barreras naturales que mantuvo en cierto sentido la tradicional segregación norte-sur.

Estas transformaciones, fueron complementadas por una relativamente rápida construcción de ejes viales, que apuntalaron la captura de los territorios ya alcanzados y abrieron al mismo tiempo, nuevas fronteras más allá de ellos. En poco tiempo, el corredor hacia San Antonio de Pichincha, las llanuras de Calderón y los valles de Tumbaco y Los Chillos fueron integrados de hecho a la dinámica espacial de Quito, a su dinámica demográfica -el crecimiento de las parroquias no fue más que una modalidad del crecimiento de Quito-, y a su dinámica económica con el traslado de nuevas actividades, sea por el despliegue del mercado, sea por imposiciones de las normativas institucionales; al final, la vida de estos territorios fue trastornada a fondo. A su vez, los nuevos anillos viales y la mudanza del aeropuerto a Tababela, reforzaron estos procesos, pero hicieron algo más: incorporaron a la dinámica territorial de Quito una región mucho más amplia, que se extendía hasta Cayambe y Tabacundo.

No fue modificado solo el crecimiento territorial y las modalidades de esa expansión, sino la forma de organización del territorio: el uso del suelo, las formas de integrarse sus distintos segmentos y, por supuesto, las centralidades: al inicio parecía irregular-dispersa, pero luego se fueron afirmando los núcleos de centralidad que dieron por resultado la aglomeración polinuclear de ahora, combinada con una expansión de las funciones de centralidad en corredores que se abren en las vías principales en prácticamente todos los sectores del Distrito.

El período “progresista”, en estos campos, no produjo ningún trastocamiento de las principales dinámicas que se habían enraizado hasta entonces: sólo profundizó las tendencias dominantes, volviendo en algunos momentos, a poner en primer plano las tensiones de la relación entre la institucionalidad estatal nacional y el municipio en el ordenamiento de los procesos urbanos, como se evidenció en la construcción de las plataformas gubernamentales y modificaciones constructivas en el centro histórico. De todas maneras, la crisis económica y el debilitamiento del gobierno dejaron estas hechuras a medias.

Pero, en fin, lo cierto es que luego de algunas décadas, el proceso de metropolitanación de Quito fue una realidad consumada, más allá de las definiciones legales.

Modernización institucional

A esta modernización territorial le acompañó, no en vano, una modernización institucional que vino de la mano de la planificación y de los primeros planes ordenadores de la ciudad: el plan Mortensen Gangotena en 1939 y luego el plan de Jones Odriozola (1942-45), que contribuyó a confirmar y orientar las tendencias del proceso urbano de Quito. La planificación estaba vinculada a la búsqueda de un crecimiento ordenado, por eso ubicó espacios destinados a funciones urbanas específicas, pero también a marcar la especialización social del territorio; así como las vías, calles y avenidas que orientaban la expansión.

Un segundo momento de la modernización institucional, se produjo en la década de 1960, estimulado por los préstamos del BID para servicios básicos, sobre todo agua potable, que impuso la organización empresarial de la oferta de servicios públi-

cos municipales, un modelo que se desarrolló plenamente a partir de los años 90, enlazando con la Ley de Distrito Metropolitano.

El texto de Torres analiza con cierto detalle este último momento, mostrándolo como una suerte de coronación del proceso metropolitano.

La expansión territorial, es quizás, una de las formas más visibles de las transformaciones urbanas. Por lo menos, muestra de modo inequívoco que algo está pasando. Desde las décadas de 1910 y 1920, la figura de Quito había comenzado a estirarse hacia el sur y hacia el norte, y no parará de hacerlo en las décadas siguientes.

Hegemonías

Puede correrse el riesgo de una narrativa sin sujetos, o quizás, con sujetos camuflados. La obra de Torres, al revisar las actas de las sesiones del Concejo municipal, en las que se discutió y se aprobó la propuesta de ley de Distrito Metropolitano (y las discusiones en el Congreso), vuelve a dirigir los reflectores hacia los actores-personas-agrupaciones, y las palabras con las que cada uno de ellos exponía y defendía sus tesis. Eso le permite reconstruir fielmente las redes argumentales que sostenían y difundían la propuesta hegemónica.

La hegemonía se convierte entonces en un elemento central. Por supuesto, la hegemonía no es una cosa, es siempre un constante movimiento y difícilmente cierra de manera perfecta. La meta de obtener el consenso activo de los dominados, puede chocarse con la dinámica natural del capitalismo, que es siempre diferenciadora. Las posibilidades de generar las condiciones materiales para un consenso a nivel local pueden también chocar -y a veces lo hacen

violentamente-, con las dinámicas políticas y económicas de orden nacional.

El análisis de la obra, se centra sobre todo en el aspecto más discursivo de la hegemonía, por la diligencia con la cual se aboca a diseccionar los componentes discursivos de la hegemonía de las élites locales. Pero también es cierto, que ella no puede comprenderse plenamente, sin echar mirada a los intereses de cada actor sobre el territorio.

Es evidente que no todas las fracciones de los grupos dominantes tienen el mismo interés sobre el suelo y con la misma intensidad. Para unos, puede ser un objeto de consumo y de reafirmación de estatus (comportamiento que es imitado por varios segmentos de las clases medias), pero para otros es mucho más que eso: es la vía principal de valorización de sus capitales. Eso vuelve más fuerte su interés por apropiarse de las tierras (potencialmente) urbanas.

Por otra parte, la presencia del Estado central, que puede modificar los sentidos acordados por el consenso hegemónico local, como indicáramos brevemente hace un momento. Los arreglos institucionales pueden encontrar límites en el accionar de las instituciones.

Entonces, como se interroga el autor, ¿por qué los movimientos urbanos no han sido capaces de construir aunque sea elementos de una contrahegemonía frente al proyecto de las élites dominantes?

Las clases subalternas en los procesos de metropolización

Me parece que hay un elemento central: las clases subalternas se insertan en el proceso de organización territorial metropolitana a través de la acción molecular

de las familias en aquellos lugares en que el mercado se los permite. Los precios del suelo, de la vivienda y de los alquileres distribuyen a la población en el territorio, en principio donde casi todos pueden acceder a algo.

Entre la permisividad y el negocio, aparecen y se consolidan barrios aislados por amplios terrenos baldíos que luego son llenados socialmente de maneras diversas en los distintos sectores de la ciudad: vía libre para la continuidad popular en algunas zonas, sobre todo en el sur y en los territorios más alejados del norte, pero hitos de discontinuidad que dejan espacios libres para otras actividades y poblaciones en las periferias del norte. Luego el mercado fue homogenizando relativamente cada sector.

Vale decir: la hegemonía de las élites dominantes se sustenta en un discurso de modernización ampliamente aceptado, pero también en la permisividad para que las clases y grupos subalternos puedan acceder, parte por el mercado, parte por la acción colectiva organizada, a fracciones de tierra urbana.

Este proceso desdibuja una realidad más profunda: el proceso urbano expresa una sorda disputa social por el territorio. La conflictividad se diluye en la posibilidad de resolución mercantil de la necesidad de vivienda. Resoluciones desiguales, muchas veces precarias, como corresponde a un mundo dominado por el mercado, pero que permiten hacer creíble el discurso hegemónico: de cualquier manera (casi todos) somos parte de la modernización.

La tierra urbana, relativamente escasa, se amplía por la acción de actores mercantiles que operan en un mercado segmentado...; o también: en un mercado al que

lo construyen nítidamente segmentado. La expansión urbana nunca fue plana ni indiferenciada. Cada intervención de los propietarios de la tierra, de los urbanizadores o de los constructores se dirige a un *target* específico, a un segmento del público identificado por su capacidad adquisitiva. De esta manera, la expansión urbana acentúa o reconfigura a cada paso la segregación social del espacio.

Es la acción del mercado, es decir, la realización de la ilusión de la propiedad a través del acceso individual o asociativo, a través de la compraventa directa o diferida por la acción de intermediarios y traficantes o por la acción organizada de tomas que finalmente terminan en compraventa.

Por lo general, la acción institucional acompaña y refuerza la acción del mercado y le da, en fin, un resultado relativamente ordenado en medio del desorden del crecimiento urbano. Finalmente, la hegemonía del discurso de la ciudad moderna se asienta en la posibilidad material del acceso al suelo.

Quizás por eso, la disputa social por el territorio no se ha visto usualmente como un eje de todas estas transformaciones. Sin embargo, algunas acciones de las clases populares la han transparentado, por ejemplo, la experiencia del Comité del Pueblo en los años 70, o las luchas contra el proyecto de ley de “cinturón verde” para Quito, que amenazaba con desalojar a los asentamientos populares de las periferias; o también empeños menos visibles para la mayoría de la población urbana, como las luchas de las poblaciones afectadas por los botaderos de basura: Zambiza antes o El Inga ahora.

Esto es, por supuesto, la contracara de la apropiación del territorio por parte de

los capitales inmobiliarios, directamente o a través de la acción municipal.

En general la hegemonía de las élites quiteñas, no ha tenido que enfrentar mayores inconvenientes y resistencias para su proyecto de metropolitanización, en cambio la vida de las clases subalternas no está determinada únicamente por su relación con la forma de organización del territorio. De modo que, el espacio vuelve a encontrarse con las limitaciones de la capacidad hegemónica de las clases dominantes, en aquellos ámbitos más relacionados con la política nacional, donde han sido menores las posibilidades o las voluntades de realizar concesiones tangibles.

En ese punto, la acción subalterna en el plano local enlaza con las luchas sociales de carácter nacional: la ciudad es también un territorio en el que se despliegan movilizaciones igual sectoriales que generales, igual simbólicas que masivas y profundamente activas; si no llegan a tocar mucho la hegemonía local, son más activos contra la hegemonía nacional (o las debilidades hegemónicas de las burguesías en el plano nacional).

Un señalamiento adicional. ¿Y las movilizaciones de las clases medias? En el último capítulo, Torres aborda las movilizaciones en defensa de la capitalidad, en más de un sentido, espacio de actuación de sectores medios. No vamos aquí a discutir dichas movilizaciones, sino solamente a mencionar un aspecto: las clases medias han sido más que nada un vehículo de difusión de la hegemonía dominante, tanto en lo que tiene que ver con la hegemonía de las élites locales en el proceso de metropolitanización, como en lo tocante a los diversos intentos realizados por grupos dominantes para construir hegemonías nacionales.

Hegemonías y subalteridades urbanas

Quedan muchos aspectos importantes en hegemonías y subalteridades urbanas que no hemos alcanzado a topar en este breve comentario. En cualquier caso, nuestro recorrido nos ha dejado una impresión clara: se trata de una obra imprescindible, para comprender no solo la historia, sino también la situación actual –sobre todo, si aún queremos hacer algo con ella–.